

## Aprendiendo a fundamentar

**R**ecuerdo un taller —el tercero que tuve en la Escuela— de Alberto Cruz, cuya particularidad fue salir a dibujar los cerros en grupo, algo que era muy poco frecuente. Es probable que esta fuera una medida de autocuidado ante el nivel de hacinamiento que existía en las viviendas que recorriamos en un sector del cerro Cárcel, muy estremecedor. Encontrabas muchos hombres desempleados, a veces alcoholizados, y niños que no asistían al colegio. Una familia de hasta cinco personas podía vivir en una sola pieza, con el baño en una caseta exterior. Todas las instalaciones eran precarias; lavaban la loza y la ropa afuera, donde también se veían pilas de objetos y mucho desorden. Eran lugares aislados de la ciudad, con poca movilización pública, y algunos pobladores nos reprochaban que fuéramos a dibujar su pobreza. Si bien aprendíamos, no era una tarea fácil de realizar.

En **1961**, el taller lo conformábamos alrededor de sesenta alumnos, entre los cuales las mujeres no alcanzábamos a sumar la sexta parte del total; de hecho, solo dos nos recibimos de arquitectas.

Mi proyecto fue un conjunto de viviendas agrupadas en semicírculo, con una plazoleta central comunitaria. Cada unidad tenía cinco casas pequeñas de un piso, más una mínima mansarda. Un reducido antejardín las conectaba con el espacio común. Los semicírculos se repetían subiendo el cerro entre determinadas cotas. En ese taller nos hacían poner las medidas en los croquis, y cuando dibujé el sector desde donde se veía el Aconcagua, la medida que obtuve contenía el número de casas con patio que propuse. Más arriba o más abajo de esas cotas, la referencia visual se modificaba. Lo mismo pasaba con el ángulo que formaba la curva del terreno hacia los lados. El día de la entrega y

corrección de los proyectos, Alberto me preguntó por qué eran treinta casas y no cuarenta, o cualquier otro número. En ese momento no lo tenía tan claro, pero recordé una de mis observaciones que decía: «El mirar común entre ciertas cotas donde se tenía presencia del cerro Aconcagua en lo lejano». Con esa respuesta se constituyó el aprendizaje de fundamentar una obra.

En esa ocasión, también nos había pedido un curso del espacio (este trabajo de los cubos lo he tenido siempre presente al momento de concebir una forma en el espacio) que diera cuenta del proyecto. El mío era un volumen conformado por varios cubos unidos de 10 x 10 centímetros, dejando espacios vacíos. No se sustentaba del todo. Alberto lo recorrió por todos lados y me preguntó si yo lo consideraba aceptable o lo haría de nuevo. Respondí que estaba bien y que no lo haría de nuevo. Dicho eso, agregé algo que en ese momento no comprendí, aunque más tarde me hizo sentido: mi respuesta debió ser «sí, lo haría de nuevo».

Oriana Gómez Meier